

- No creas tal.
- ¡Sí, lo he visto!
- Engaños de tu superstición.
- Así fuera.
- Fantasmas engendradas por un fútil error.
- No lo creas. Hay presagios bien tristes.
- Silio, si desde un principio hubiésemos hablado á una de aquello que nos ha traído aquí, de nuestro amor, no habríamos caído los dos en tantas tristezas, ni hubieras experimentado tú tamañas alucinaciones.
- Todos hablan de presagios muy siniestros y de augurios muy desfavorables al mundo.
- ¿Quién sabe si aquello que desfavorece á los demás no habrá en último término y á la postre de favorecernos á nosotros?
- Un fuego del cielo abrasó varias enseñas pretorianas en los alojamientos militares. Un enjambre de abejas se posó en la cumbre del Capitolio. Nacieron criaturas humanas con dos cabezas... y una lechona parió lechoncillos con uñas y garras.
- Déjate de tales tristezas que no cuadran á estado como el nuestro, estado feliz de completa pasión, pocos minutos antes de nuestros suspiros, cuando el cielo desaparece absorbido en los ojos de nuestro amado, y el aire se reduce á las espiraciones de su pecho, y el mundo á sus brazos, y la vida entera total á su amor, y el deseo á gozarlo hasta rendirse y acabarse para siempre devorados por el enloquecimiento adquirido en estos desvaríos de nuestra exaltadísima pasión.
- ¡Mesalina!
- ¡Silio!
- Sólo voz como la tuya y amor como el mío pueden disipar estas aprensiones
- ¿De veras te hallas contento á pesar de tus ambiciones y de tus terrores?
- Contentísimo.
- Pues siendo así, háblame, Silio, háblame de tu amor
- Parece dura mi cama cuando tú no estás conmigo.
- Y á mí el trono me parece vacío sin ti.
- No puedo soportar en tu ausencia el cobertor de mi sueño.

- Ni yo el manto imperial que viste y envuelve á toda la tierra, cuando pienso que no puede compartir su extensión inmensa contigo.
- Cuando te veo me sonrío todo; cuando te ausentas anochece todo en torno mío.
- Tu frente me place más que mi diadema; tus ojos me iluminan más que el mismo sol.
- Yo quise resistirte.
- ¿Por qué, bien mío?
- Porque amarte me parecía una sentencia de muerte asestada sobre los dos.
- Ya vuelves á tus aprensiones.
- ¡Aprensiones!
- Háblame de amor.
- Diréte cómo han penetrado hasta los adentros de mi corazón y herido sus recónditas telas todos los dardos despedidos por tu mirada, la cual me presta un calor como el que una luz duradera presta en los días de primavera ó estío á la vida universal.
- ¡Con cuál placer oigo esas palabras! Me has vuelto á la infancia. Ha rehecho tu amor encendido mi perdida virginidad. Siento hasta pudor. Te deseo, después de haberte poseído tantos tiempos, cual una doncella que ignorara el amor y se fingiera en su mente mil vivos fantaseos nunca satisfechos ni cumplidos en la fría y triste realidad.
- Pues Mesalina, yo soy tu presa, yo soy tu victoria, yo soy despojo de tu amor, juguete de tus caprichos, esclavo de tus antojos, objeto á tu arbitrio y no persona en mí. Así, tiendo las manos á ti, como el náufrago á la tabla y como el creyente al dios, pidiéndote me salves y conserves la vida para completamente tributarla sin tasa y sin medida en todo su transcurso y duración á tu voraz amor.
- Silio, me venciste, y venciéndome á mí, tomaste un Imperio todo entero, porque hasta hoy el emperador es mío y del emperador es la Tierra.
- No me recuerdes, Mesalina, que del emperador es la Tierra, no me lo recuerdes, no; pues entonces del emperador son á no dudar nuestras vidas también.

— ¿Vuelves, cuitado, á tus aprensiones y á tus manías?

— Calla. Me parece haber visto de nuevo los esbirros.

— No temas á nadie, tú que has vencido á todos y dominado sobre todos. Los venideros te declararán el gran vencedor. Las palomas de Venus concluirán por tirar de tu carro triunfal. El mirto coronará tus sienes. En vez de cautivos cargados con el peso de las cadenas, te acompañarán jóvenes enamorados de uno y otro sexo, cantándote alabanzas y á ti ceñidos con guirnaldas de flores. A tu lado iré yo maniatada, como fué Cleopatra junto á César en sus triunfos indecibles é inenarrables. Seguiránte poco menos que hundidas en el polvo aquellas entidades que venciste, la conciencia, de cuyos avisos jamás quisiste guiarte cual hacen los escrupulosos, y el pudor, á quien sacrificaste con pujanza muy superior á la pujanza de Aquiles. Todas las pasiones, al verte pasar ebrio de vinos y de amores, te llamarán en coros múltiples incontestado vencedor. Las caricias trenzarán coronas para tus ensortijados cabellos. Los vicios se inscribirán todos, cual reclutas los nuevos, cual veteranos los viejos, cual soldados tuyos los habituales y corrientes, en las listas de tu ejército y al amor de tus banderas. En vano querremos reposo: el deseo nos impelerá con fuerza, y será imposible resistirnos á nuevos combates ni precavernos de futuros triunfos.

— ¡Cómo recuerdo, Mesalina, en esta conservación de abandono y de olvido nuestras mutuas industrias para entendernos y hablarnos á hurtadillas, sin despertar sospechas y recelos en tu esposo, distraído siempre, y más á la hora de nuestras increíbles temeridades; tu pie inquiriendo bajo la mesa y junto á su silla dónde se hallaba el mío; tus ojos promulgando lo que vedaba el miedo decir á tus enmudecidos labios! ¡Y cómo fruncía yo las cejas diciéndote, al fruncirlas, frases que ahora no se ocurren á la completa libertad de mi albedrío y á la franquísima palabra de mi boca! ¡Cuántas veces mis dedos, tocando en el mármol de la mesa, escribían cartas elocuentes, imposibles de trazar hoy en las tablillas con mi estilo! ¡Cuántas veces, al ofrecer libaciones en compañía de Claudio, que me alargaba su copa, unos sorbos de vino derramados á mis pies decían tanto para ti como la muda vibración de mis labios ó el encendido resplandor de mis miradas!

— ¡Qué gratos recuerdos!

— Pues Mesalina, que tus labios conjuren aunque sean las furias del averno, pidiéndoles su concurso contra tu marido. Yo no puedo tolerar que sus brazos groseros vuelvan á ceñir el cuerpo de la mujer que yo he declarado mi esposa; no puedo tolerar que ocupéis por la noche el mismo tálamo con detrimento de mis privilegios adquiridos por la confarreación sobre tu cuerpo é injuria terriblemente á mi persona y honor; no puedo sufrir que se junten vuestros labios y vuestras manos, siquier esté yo fuera y no lo vea con mis propios ojos.

— Silio, ten paciencia; tenla por Venus, protectora de nuestra cesárea familia, que todo se andará.

— Y aún puedo sufrir menos que seas emperatriz junto á tan alto emperador, y compartáis autoridad, trono, potestades, privilegios, tributos, las prerrogativas de una soberanía cuyos efectos no los toco ni los veo, sino por los rabiosos celos despertados en mi alma, de intensidad tan fuerte cual pueda ser la intensidad terrible de los celos despertados por el hogar, por el lecho, por la mesa, por la cama, comunes entre vosotros dos y en los cuales gozáis mucho mientras yo me abraso.

— ¿Qué deseas de mí, Silio? ¿Qué puedo hacer yo para satisfacer tus deseos y para invalidar tus quejas?

— Pues darme, no solamente la coparticipación, que supone nuestro matrimonio, en tu mesa y en tu lecho, sino la coparticipación indispensable, de puro justa en tu Imperio

— La tendrás.

— ¿La tendré?

— De todas veras.

— ¿Desaparecerá Claudio?

— Desaparecerá Claudio.

— ¿Adoptaré á Germánico?

— Adoptarás á Germánico.

— ¿Podré llamarme César?

— Podrás llamarte César.

— Hasta entonces, hasta ese día, no seré verdaderamente tu marido.

— Pero mañana mismo celebramos nuestra boda.

— Mañana mismo yo, Mesalina, te llevaré á mi lecho matrimonial.

— Y mañana mismo te llevaré yo también, Silio, al Imperio del mundo.

No sabemos cómo Narciso, el vigilante liberto de Claudio, se las compondría para saber toda la conversación entre Mesalina y Silio. Pero es lo cierto que, apenas habían dicho tales cosas, cuando ya pasaron á su conocimiento, cual si tuvieran todos los lugares del Palatino lengua y el mismo fuera oídos todo entero. La ceremonia nupcial, próxima en aquel momento á celebrarse, apareció á la consideración del taimado liberto, cuando no pasaba tal disparate de puro conato, como una voluptuosidad exaltada y atroz de Mesalina, muy semejante á todas las naturales y corrientes en aquella furia de sensualidad y vicio, dado el delirio de sus sentidos y el descarrío de su voluntad y el eclipse total de su conciencia. Por tal razón Narciso, amo en aquellos días del amo de la Tierra, no se curaba cosa de la nueva extravagancia inventada por las fiebres de Mesalina, consejeros y gestores de tanto entuerto y desaguizado como había cometido en su procelosa encrespada vida la neurótica y dementada emperatriz. Temeroso de Agripina, madre de Nerón, mujer á quien juzgaba capaz de todos los vicios y de todas las virtudes que pudieran procurarle aquel Imperio, no por el placer vulgar de poseerlo, creía que su amo en el matrimonio ya largo con Mesalina encontraba la deshonra; pero en el matrimonio, muy posible, de no existir la emperatriz reinante por entonces, en su matrimonio con Agripina, podría encontrar, amén de su deshonra, la esclavitud y aun la muerte. Mesalina suponía la herencia del Imperio vinculada en Germánico, mientras la rival suya, la cruel Agripina, suponía la herencia del Imperio vinculada en su aborrecido Nerón. Detestaba mucho Narciso á las dos madres, en sus afectos de sincera devoción al emperador; pero quería mucho la persona de Germánico y odiaba muchísimo la persona de Nerón. Por tal estado interno de su ánimo tan sólo puede comprenderse y explicarse la paciencia mostrada en estos minutos supremos ante la ceremonia nupcial que traía escandalizado y fuera de sí al pueblo rey. Absorto Claudio en sus estudios jurídicos, en sus sentencias firmes, en la dirección minuciosa de su Imperio, en el arreglo de las gramáticas á cuyos abecedarios añadía letras y más letras sin escrúpulo, en la traída de aguas por acueductos gigantes, en la desecación

de su lago Fucino por trabajos titánicos, no sabía cuanto á su alrededor pasaba, y siempre hubiera ignorado los desórdenes de la legítima mujer á no decírselos aquellos que privaban en su voluntad, los libertos, por él revestidos completamente de libertad, de algo con mayor precio que la vida, estrecho lazo, en sentir suyo, entre un redentor y sus redimidos, no contando, como no contaba él, con lo



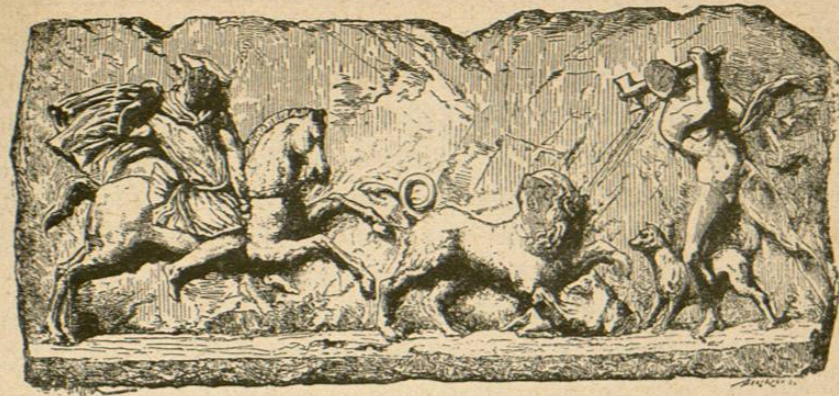
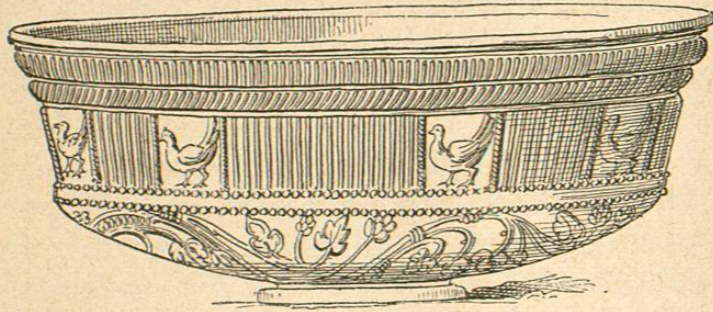
El lago Fucino después de la terminación de las obras emprendidas por Claudio  
(bajo relieve encontrado en el mismo lago)

fácil y corriente de las ingratitudes humanas. Y entre los libertos el más valido suyo, el más privado, el más confidente y amigo, el más consejero y ministro, el más amado, su secretario predilecto, su director espiritual continuo, su pozo de secretos, su oráculo de ideas, era Narciso, en quien competían la inteligencia de los negocios públicos con la lealtad inquebrantable á su amo. Mientras el áulico por excelencia se callase, Claudio lo ignoraría todo. Pasando del tálamo de su cubículo, donde dormía como un leño, al purpúreo cojín de su triclinio, donde comía como un avestruz; y del triclinio á los tribunales, donde proponía y daba sentencias á porrillo; y de los Tribunales al Estado, quiero decir, al ejercicio de su Imperio complicadísimo y difícil por las minucias en que lo enredaba su in-

fatigable celo, Claudio **no** tenía ni tiempo ni humor ni medios de saber cosa ninguna, fuera de aquellas en que le metía y empeñaba su cargo espinosísimo de romano César y su decidida voluntad por el bien público. Pero al **decirle** algo Narciso, lo creía; y al aconsejarle algo, lo ejecutaba. **Nada** se aprecia en los puestos altos tanto como la probada lealtad, **por** lo mismo que se ven circundados de agudas espinas, compuestas por criminales olvidos del favor aceptado y odios causados **por ese** mismo favor quizá; que pesa con abrumadora pesadumbre **sobre** los ánimos bajos y vulgares el noble agradecimiento. La base de tamaña lealtad en Narciso prestaba sólido apoyo y legítima **significación** á las preferencias por él de Claudio. Narciso quería **mucho** al emperador; y como todo aquel que quiere de veras, le **quitaba** obstáculos en su camino, evitándole cuantos sinsabores **y** disgustos podía. Otro acto de verdadera demencia en Mesalina **no** le parecía novedad; cuando se marchaba de hurtadillas á los burdeles en seguimiento del amor pasajero y pagado; se metía entre las **bacantes** á emborracharse y perderse con los gayones, y descendía, **insaciable**, de vez en cuando á las ergástulas para ver si la **cansaban** del placer los robustos gladiadores de Dacia ó de Germania. **La** increíble deshonestidad aparejada entonces, no podía con su **exceso** viciosísimo añadir ningún exceso más á la excesiva infamia. **Los** mismos que presenciaban aquel acto no debían creer á sus ojos. **Temeridad** semejante contra todas las leyes humanas ¡ah! no es **entre** los humanos creíble. Así, los contemporáneos del hecho **y** los al hecho vecinos, cuando lo narran ó historian, excúsanse **de la** narración, al miedo de que los tenga el sentir común por embusteros y capaces de idear fábulas tan inverosímiles y absurdas. **Allí** en Roma, donde un pueblo divertido y alimentado por el Imperio se holgaba con la triste murmuración, apenas interrumpida, **en** su necesidad imprescindible de pasto y alimentos al vicio de su lengua, no se disimulaba cosa ninguna, sabiéndose siempre lo **malo** con exageración y aumentándolo con encarnizamiento. Para **mayor** gravedad y tristeza del caso aquel, Silio estaba designado **cónsul**, y merecía, como todos cuantos aceptan ó alcanzan tales puestos, el honor de acerbas y continuas críticas. ¡Cuál trastornada no **andaría** su cabeza cuando, sin pararse ante las consideraciones humanas y divinas á todos impuestas por có-

digos, tanto más obligatorios cuanto menos escritos, prescindió en absoluto de las leyes patrias y de la religión establecida para entrar en ajenos lares ocupados por un príncipe, llamar testigos legales de su propia demencia y su deshonor, congregar los auspices, ofrecer los sacrificios, queriendo que los mismos heridos y agraviados por su crimen lo celebraran y el cielo se asociase á su perpetración cual si hubieran huído á una de todas partes los dioses y los hombres! Mas no llenaran de horror todos estos hechos al árbitro de la cesárea casa, no, de haber quedado reducidos á una de tantas locuras eróticas cual afeaban el cuerpo y el alma de Mesalina, si á ellos no hubiera unido la temeridad increíble de Silio una maquinación arbitraria é inverosímil, conducente á presentar su matrimonio con Mesalina y su adopción de Británico como título y medio de ascender á la suprema gobernación y al sumo Imperio. El recelo á la mudanza inmediata predominó en el privado sobre su recelo á la mudanza mayor. Por miedo al poder de Agripina discurrió Narciso ensordecer á secretas murmuraciones y perdonar imperdonables adulterios; pero puestos al descubierto amores y ambiciones de consuno, la horrible atrocidad del delito daba de suyo al silencio y al olvido aires de complicidades reflexivas con su aparejamiento y con su perpetración. Así, no quedaba ningún otro medio de conjurar los daños sobre la cabeza del favorito en aquella sazón aglomerados, que notificar el hecho á Claudio y atenerse á las consecuencias de tal arriesgada notificación. La emperatriz no había perdido la cabeza en sus voluptuosidades múltiples de tal modo que abandonara el dominio de su monarca y marido Claudio, así á las competencias opuestas por Agripina como á las competencias opuestas por Narciso: luchaba, y luchaba con ahinco, logrando ver á sus pies los cadáveres de cien implacables enemigos. Precisaba en tal trance y apuro proceder de suerte que cayera el castigo como un rayo sobre Mesalina, en cuanto su marido la supiese culpada. Hubo quien quiso mover al poderoso liberto para que hablara en secreto con la ciega criminal y disuadiese un ánimo tan móvil como el suyo de un crimen tan horrible como su nuevo matrimonio, con atroces amenazas. Pero Narciso no escuchó el consejo ni puso por obra tal medio, en su motivado recelo de que la grande autoridad gran-

jeada por Mesalina en el esposo y en el palacio llegase hasta decretar su muerte y los esbirros de Claudio ejecutasen el decreto. Así, mientras los dementados amantes apercibían la boda y sus fiestas y ruidos, él tomaba la vía de Ostia con la resolución de contárselo todo al desdichadísimo Claudio.



Caza del león (bajo relieve del Museo de Louvre)

## CAPÍTULO V

### LOS ADÚLTEROS

El monte Palatino resuena con báquicas fiestas. La viña parece purpurada por un crepúsculo fantástico; el álamo donde se abrazan las parras llueve transparente hojarasca, que crearíais laminas de oro; sobre los amplios cenachos, tintos en mosto, se amontonan madurísimas uvas, reventando en sus películas; el sarmiento, del color de la canela, va secándose; la carreta se carga con cubos bien olientes y muy rebosantes; el vendimiador corta los racimos con su hocquilla de acerado filo; pisan unos jornaleros la cosecha, mueven otros los husillos, airean éstos las bodegas de modo que fluye por las canales el vino nuevo entre coros de alegría loca y címbalos y platillos de fragor sublime. Las jóvenes, medio desnudas y con las cabezas atrás echadas, entonan himnos eróticos al dios de la embriaguez. Los jóvenes dicen las fórmulas religiosas y las palabras sacramentales, á cuya difusión por el aire sucede un exceso enorme de vida en el campo. La tierra parece bambolearse al compás del cántico, ni más ni menos que se bambolean los borrachos al vapor del vino. El tirso acabado en áurea piña, el címbalo vibrante, la pandereta sonora, el evohé clásico, la canción báquica, el gesto de placer, el clamoreo de las exaltadas embriagueces,